ESCENA VI.

El Alcalde. Paula.

Alcalde. (*Aparte.*) Cuidado con la niña! Quizá... quizá...
Paula. Señor Juez, proporcionadme una entrevista con el Conde.
Alcalde. ¿Con Villamediana!
Paula. A mí me calumnian, á él tambien. Si á un caballero no le deshonra, no le hace favor que le atribuyan la pérdida de una humilde trabajadora. A los dos nos conviene justificarnos: que vea yo al Conde.
Alcalde. (*Llamando.*) Pedreguera!

ESCENA VII.

El Escribano. — *Dichos.*

Escrib. Señor...
Alcalde. Llegaos á casa del señor Conde de Villamediana, y preguntadle si quiere honrar mi habitacion esta noche unos breves momentos.
Escrib. Al instante voy. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

El Alcalde. Paula.

Alcalde. Paula, ya conoceréis que no debeis dejaros ver del público por algun tiempo.
Paula. En las entrañas de la tierra quisiera esconderme.
Alcalde. Yo os propondria que os recogiéseis voluntariamente por un corto plazo.
Paula. Pues bien, señor Don Diego: en Madrid, la voz que me denigra ya se ha extendido por todas partes; fuera de aquí no habrá cundido todavía. En el convento de Santa Clara de Valladolid es

religiosa la madre de Gabriel; la opinion de aquella santa esposa de Cristo me importa más que la de toda la Corte: yo quisiera prevenir en mi favor á la que miro ya cual si fuera mi madre; allí sabría tambien de su hijo. Yo quisiera retirarme á Valladolid.

ALCALDE. Muy discretamente pensado. Os trasladaréis esta noche á mi casa; hablaréis allí al Conde; y cuando mejor os parezca, partiréis á Valladolid.

PAULA. Estoy á vuestras órdenes, señor Don Diego.

ALCALDE. Si ahora os vieran salir conmigo, creerian que íbais presa: me retiraré con la ronda, quedando en la esquina Pedreguera con un criado, que os acompañen cuando salgais. Otro llevará ahora, cubierta con la capa, á la niña, para que no la vean.

PAULA. Gracias, señor Alcalde! Infinitas gracias por tanta bondad: el cielo os la premie.

ALCALDE. Paula, hasta luégo. Quedaos, hija.

PAULA. Quiero cerrar. *(Toma una luz y acompaña al Alcalde.—Un momento despues se va abriendo lentamente el armario.)*

ESCENA IX.

EL CONDE, *que sale por el armario.*

El Alcalde Garnica ha venido á esta casa, y ha puesto alguaciles por los contornos. Paula no tendrá miedo esta noche como las dos pasadas, y permanecerá aquí. Ya se van. Ah! se llevan la niña. Paula va á quedar sola: puedo hablarla ya sin obstáculo.

ESCENA X.

PAULA.—EL CONDE.

PAULA. (*Sin ver al Conde.*) Sí, mi calumniador es el Conde: yo se lo diré; se lo haré confesar, aunque no parezca el romance... que era de su letra sin duda.

CONDE. Paula!

PAULA. Jesus! María!

CONDE. Tranquilízate y óyeme.

PAULA. ¿Cómo habeis entrado!... Ah! por allí!

CONDE. Por allí se baja á una escalera que termina en un pasadizo, el cual, atravesando la calle del Arenal, va á parar á mi librería. Soy tu casero, Paula: Santoyo es un dependiente mio.

PAULA. Ah! Y ¿él me ha traido aquí por mandato vuestro?

CONDE. En otra parte no te me dejabas hablar.

PAULA. Ni áun aquí habeis de conseguir que os escuche. Tornad por donde habeis venido, ó principio á gritar...

CONDE. Grita, si quieres. Alguaciles andan por ahí; vendrán, los esperaré, me entraré á su vista por ese armario, y tú les dirás lo que se te ocurra para defender tu reputacion.

PAULA. Mi reputacion! Vos me la habeis quitado!

CONDE. Este miserable mundo es así: no hay en él un bien que no traiga su inconveniente. Eres hermosa, has de ser amada: desdeñas á un amante, hace lo que puede para rendirte.

PAULA. Habeis podido calumniarme, rendirme nó.

CONDE. Debo decirte en primer lugar, que Gabriel se ha escapado del que le acompañaba, se ha venido á Madrid y está preso.

PAULA. ¡Preso?

CONDE. Por disposicion del Conde de Olivares, mi amigo.

PAULA. Amigo vuestro!

CONDE. Eramos contrarios poco há; ya estamos unidos, y yo soy árbitro de la suerte de Gabriel.

PAULA. Vos!

CONDE. Yo. El se ha declarado autor de una sátira que tiene enfurecidísimo al Rey; se dará cuenta á S. M., que áun no tiene noticia de la declaracion de Gabriel; y Gabriel perderá la vida, si desdeñas más á Villamediana.

PAULA. Oh! Todo eso es falso.

CONDE. Es tan cierto como que Paula Reina está públicamente preconizada por favorita del Correo Mayor. Que lo seas, que no, de esta nota no te libras ya.

PAULA. Es que mi Gabriel no puede creerlo.

CONDE. En cuanto le digan que vives aquí: sabe que esta casa y la mia se comunican, y no es él capaz de amar á una mujer sin buena opinion.

PAULA. Pero, señor Conde, esa opinion en que vos me habeis puesto, esa hedionda mentira con que me habeis salpicado la tez, ese inicuo enredo, obra de pocos dias, ¿ha de durar siempre? ¿ha de resistir á la fuerza de la verdad? No soy yo como Leonor de Mendoza, que atemorizada con la calumnia, ha justificado al calumniador; culpada yo en el concepto de todos, el testimonio de mi conciencia me sostiene: yo sé que soy mujer de bien, aunque todo el mundo afirme lo contrario. Yo acudiré á los tribunales; acusaré de impostores á cuantos me traigan en lenguas; haré ver que lo que se dice de mí no ha podido ser. Cuándo habeis podido vos acercaros á mí? ¿De dia? Los mercaderes y vecinos fronteros al Cármen jurarán que no habeis puesto los piés en mi tienda nunca. De noche? No se aparta de mi lado mi hermana...—Vamos, yo estoy loca ó se me principia á trastornar la razon. Pues ¡no estoy vindicándome ante vos, que sabeis mi inocencia mejor que nadie! Con la mirada firme, con la cabeza ergida me presentaré á defender mi honra con tres testigos, la verdad, la inocencia y el crímen; Dios, mi hermana y vos mismo, Conde, vos que en frente de un Juez no os atreveréis á mentir contra el cielo, contra vos, y contra la que ni en vida ni en muerte será de vos.

CONDE. Paula, yo te amo, y soy poderoso, y no estoy enseñado á rogar. El Conde Juan de Tássis Peralta no se ha echado el embozo por otra que tú; á ninguna más ha rondado, á ninguna le ha escrito más de un papel. Tú me has hecho olvidar mi ambicion; émulo de Olivares, por no desviarme de tus ojos he pactado treguas con ese fátuo, con ese raposuelo taimado y miedoso, que puesto al frente de un pueblo de leones, ha de acobardarlos, ha de perderlos. Constante escarnecedor del orgullo, de la ignorancia, la venalidad y la hipocresía; desde que puse mi amor

en tí, de nada hago caso; dejo á los bellacos y á los necios en inesperado sosiego: el mordaz Conde de Villamediana no murmura ya. Paula, caminos tortuosos hay que por último conducen al bien; soy libre, y te amo yo mucho, Paula; nada habrá difícil para mí cuando tú me ames. Llámete yo mia, y dispon de mi existencia á tu gusto: enfrenaré mi lengua, romperé mi pluma satírica: me siento por tí capaz de ser virtuoso.

PAULA. Principiad ahora y aquí; si esperais llegar á la virtud por el arrepentimiento, arrepentíos de haberme infamado; arrepentíos de esta venida: no os falta de qué.

CONDE. Dame tú el ejemplo arrepintiéndote de tu necio desvío.

PAULA. Señor Conde...

CONDE. (*Poniéndose delante de la puerta de la izquierda.*) Por aquí no habeis de pasar; por allí (*Señalando á la derecha.*) no hay salida: convencéos de que estais en mi poder.

PAULA. No, infame! no! (*Huye rápidamente, éntrase por el armario y cierra la puerta que le sirve de fondo.*)

ESCENA XI.

EL CONDE.

Paula! Paula!—Cerró de golpe, los pestillos cebaron, y quedó tan firme la puerta como si realmente apoyara en un muro: por aquí no hay manera de abrir. Vive Dios! Paula va á llegar á mi cuarto sin dificultad: á mano tiene luz; la puerta de allá quedó con la llave puesta por este lado... Si la ven, me alborota la casa; si no la ven, se marcha á la calle. Ir á mi casa es lo más urgente. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XII.

MATEO.—EL CONDE.

MATEO. (*Dentro.*) Quién va?
CONDE. (*Dentro.*) Quién viene?
MATEO. (*Dentro.*) Quien necesita conoceros. Volved piés atras.
CONDE. (*Volviendo con la espada en la mano.*) ¿Quién se atreve á estorbarme el paso?
MATEO. (*Saliendo con espada en mano.*) Calle! Esto sí que no lo esperaba yo.
CONDE. Aquí Mateo!
MATEO. Vos aquí, señor Conde!
CONDE. A quién buscais en esta casa?
MATEO. Al que vivió en ella, y todavía no habrá olvidado el camino. A Gabriel.
CONDE. Está preso.
MATEO. Está libre.
CONDE. Cómo ha sido el soltarle?
MATEO. Gabriel escribió en su encierro dos cartas, una al señor Conde de Olivares, y otra á Jorge Tovar; fueron ambos á verle, y salió entre los dos, asido á sus brazos.
CONDE. (*Aparte.*) Declararia que es Jorge su padre.
MATEO. Ignorando vos esto, no habréis visto á Gabriel, no está aquí.
CONDE. Aquí no.
MATEO. No? Pues está en vuestra casa.
CONDE. En mi casa!
MATEO. De fijo. Desde que supe que habia salido de su encierro en Palacio, he corrido tras él, y hace poco le ví rondando de la calle Mayor á la del Arenal. Me pareció que habia entrado en vuestra casa; creí luégo que le habia visto acercarse á ésta: no hallándose aquí, en vuestra casa le teneis.
CONDE. Pues necesito... necesito ir á verle inmediatamente.
MATEO. Yo tambien: os iré sirviendo.
CONDE. En buen hora.

ESCENA XIII.

El Escribano. Alguaciles.—El Conde. Mateo.

Escrib. Alto!

Conde. Quién se entra aquí?

Escrib. Bésoos las manos, señor Conde. Es la ronda del señor Alcalde Don Diego Francos de Garnica.

Conde. Y ¿á qué viene la ronda á esta casa?

Escrib. A saber quién se introduce en ella. El señor Alcalde nos puso en acecho; hemos visto entrar á un galan, hemos querido conocerle, y nos hallamos dos en lugar de uno.

Mateo. Pedreguera, el que entró pocos instantes há, fuí yo.

Conde. Yo estaba... yo no tengo que responderos.

Escrib. Si yo no os pregunto. Solamente os diré que el señor Alcalde tiene precision de veros esta noche en su casa; que ya dí el aviso en la vuestra; y como no estábais en ella, no habeis podido recibirlo.

Conde. Iré á ver al señor Alcalde. (*Dirígese á la puerta.*)

Escrib. (*Llamando.*) Paula!

Conde. (*Deteniéndose.*) Paula... no está.

Escrib. No ha de estar? Vaya!—Señora Paula!

Conde. Cuando os digo que no se halla aquí...

Escrib. Si estaba y no ha salido, señor!

Conde. Mirad si la encontrais.

Escrib. No he quitado ojo á la puerta miéntras he permanecido en la calle; con que... (*A dos Alguaciles.*) Vos y vos hacedla salir. Si le da vergüenza, que se eche el manto; pero ha de venir con nosotros. (*Entranse por la derecha los dos Alguaciles.*)

Conde. ¿Os parece que si estuviera ella aquí, y uno de nosotros fuera galan suyo, se os habia de permitir llevarla?

Mateo. Yo no soy galan de mujer nacida; lo fuí de una, y gracias á un malvado que Dios extermine... (*Salen los Alguaciles.*)

Un Alg. No hay nadie en la casa.

OTRO. Ni puerta por donde escaparse.
ALG. 1.° Ni sitio donde haberse escondido.
ESCRIB. ¡No! Guardad aquella puerta. (*Éntrase por la derecha.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE. MATEO. ALGUACILES.

CONDE. (*Queriendo salir.*) Permitid...
ALG. 1.° No hay paso.
ALG. 2.° No hay salida.
MATEO. Qué prisa teneis? Aguardemos á ver en qué pára esto.

ESCENA XV.

EL ESCRIBANO.—EL CONDE. MATEO. ALGUACILES.

ESCRIB. Pues, señor, no está!
CONDE. Veis cómo es cierto?
ESCRIB. Cierto es que no está; mas tambien es cierto que no ha salido.
CONDE. Si no hubiera salido, estaria.
MATEO. Eso lo comprende un negro bozal, señor Pedreguera: echo ménos vuestra perspicacia esta vez.
ESCRIB. Pues entónces, por donde ha salido ella, salgan vuesas mercedes: nosotros nos vamos, y los dos quedais bajo llave.
MATEO. Buenas noches: yo ya he cenado.
CONDE. Pedreguera, ¿olvidais quién soy yo?
ESCRIB. Señor Conde, esta no es vuestra casa ni de Mateo, y os hallo aquí á entrambos, y no hallo al ama de la casa, la cual, si no ha volado por el cañon de la chimenea ó por entre los hierros de las ventanas, no ha podido escapar: de tal prodigio debe darse cuenta á la Inquisicion para que lo califique. Vos, señor Conde, pasais por travieso; el señor Mateo, mi camarada, estuvo ya sentenciado á colgar...
MATEO. Pedreguera! El Rey sabe por qué.

CONDE. Pedreguera!

ESCRIB. El señor Alcalde tiene que verse con el señor Conde; vive cerca; pronto le avisamos, y le haréis la honra de hablarle aquí.

CONDE. Escribanillo, os acordaréis del 27 de Julio de 1622.

ESCRIB. ¿Qué! Me pondrá en coplas el señor Conde? Escríbalas, y que se extiendan mucho: soberbias multas cogeré. ¿Os parece que habérselas con un escribano es lo mismo que satirizar á un ministro? Probad y veréis. A la calle, muchachos. (*Vase con los Alguaciles y cierran con llave.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE. MATEO.

MATEO. De buena gana me reiría, si no me hubiesen renovado la memoria de mi delito... la memoria de aquella infeliz.

CONDE. (*Aparte.*) ¿Qué habrá hecho Paula! Si ha tropezado con Santoyo, aquel apocado vejete la deja marchar.

MATEO. Señor Conde, ya que nos ponen presos, aunque por poco tiempo será, voy á tomarme la licencia de pediros una merced.

CONDE. Qué merced? Qué puedo hacerte yo?

MATEO. Vos, como poeta, conoceréis á todos los que hacen versos en Madrid: querria me dijéseis de quién son unos, de quién es la letra de unos que traigo conmigo cuatro años há.

CONDE. A ver.

MATEO. Tengo los tales versos en dos papeles, que parecen original y copia, aunque tal vez la copia pertenecerá tambien al autor. (*Saca una cartera, y de ella dos papeles.*)

CONDE. (*Aparte.*) Mi romance para todas, quizá.

MATEO. Este es el papel más antiguo... y éste es el más moderno. (*Da el más antiguo al Conde.*)

CONDE. (*Aparte.* El romance á Margarita es.)—Veamos. (*Lee.*) ¿Para quién, Amor, tu diestra
tan solícita se armó

de tanto encendido rayo,
de tanto punzante arpon?

MATEO. Lo mismo dice aquí; y despues:
(*Lee.*) Para quien no se resiste,
bastaba fuerza menor:
ya conoce tu inclemencia
mi rendido corazon.

CONDE. (*Lee.*) Alarde excusado hiciste,
ciego niño, ciego dios:
vuelve á tu aljaba las flechas;
en tierra postrado estoy.

MATEO. (*Lee.*) Margarita, cuyos ojos
mi culpa y disculpa son...

CONDE. Basta. ¿Para qué quieres saber tú quién compuso estos versos?

MATEO. Para matarle.

CONDE. Y si te ahorcaban?

MATEO. Harian muy bien.

CONDE. Y yo muy mal si diera lugar á dos muertes, que se evitan así. (*Rasga el papel.*)

MATEO. Señor Conde! Qué habeis hecho?

CONDE. Lo que haria en tal ocasion todo hombre de juicio. Yo no puedo decirte de quién sea esa letra; ya tampoco te lo podrá decir ninguno; te excuso un crímen, te salvo la vida.

MATEO. ¿Qué me importa la vida á mí desde que maté á mi mujer!

CONDE. Y ¿qué tiene que ver la muerte de tu esposa con este romance?

MATEO. Por el que lo escribió la maté.

CONDE. La galanteaba ese hombre?

MATEO. Galanteaba á la esposa de mi amo, la Duquesa de...

CONDE. La Duquesa Margarita: lo indica el romance.

MATEO. Yo servia al Duque, y mi mujer era criada de la Duquesa. Yo queria á mi mujer con delirio, y tenia celos del sol que le daba en la frente. El autor de estos versos, que nunca pude saber quién era, trató de seducir á mi noble señora, ménos firme que noble; y una noche oscurísima sorprendí en el jardin de mis amos á un hombre embozado, que hablaba cariñosamente á mi Andrea, y le tenia cogidas las ma-

nos. Desenvainé la espada, ciego de ira, dirigiendo el golpe al traidor embozado: huyó el cuerpo, y mi espada se clavó en el pecho de mi inocente esposa.

CONDE. Y el embozado... se retiró sin que le conocieras.

MATEO. Una palabra de mi Andrea me impidió el perseguirle. «¿Qué has hecho!» me dijo; pero ¡cómo exhaló su boca moribunda aquella expresion! «¿Qué has hecho!» fué decirme... oh! lo comprendí perfectamente... fué decirme: «Tú me quitas la vida, y yo te amaba; te amo, te he sido fiel siempre; ese hombre no me hablaba por mí.»—Cayó en tierra, caí á sus piés, me tendió una mano... en ella estaba la prueba de su inocencia; ese papel que habeis leido, que me habeis roto... en él estaba el nombre de Margarita, el de Andrea nó.

CONDE. Cierto: fué un error lastimoso.

MATEO. «No pierdas á mi ama,» dijo al entregarme el papel; «no pierdas á mi ama, esposo mio.»—Esposo mio! Y ¡estaba espirando á manos de su esposo! Pobre Andrea mia! Cumplí su mandato, guardé el papel, dejé llevarme preso, me condenaron á muerte; el Rey, que era entónces Príncipe, obtuvo mi indulto á ruegos de mi ama, y quizá de álguien más... Por esto vivo, y por esto quiero matar á ese hombre, aunque muera por ello.

CONDE. Y ¿no has enseñado ese papel á nadie?

MATEO. A nadie más que á vos.

CONDE. Por qué te he debido la preferencia?

MATEO. Porque han dado en decir en Palacio estos dias que tambien pedísteis vos al Príncipe que solicitara mi indulto.

CONDE. ¡Yo?

MATEO. Y por si conocíais á mi embozado... Si le conoceis, bien podeis avisarle que se guarde de mí.

CONDE. No olvides las palabras de Andrea: «No pierdas á mi ama.»

MATEO. Matarle no sería perderla.

CONDE. El no te ha ofendido: segun tu relacion, ese hombre pedia á tu mujer que llevara esos versos á Margarita, versos de los cuales se infiere

que entre el autor de ellos y la Duquesa no habia culpable amistad.

MATEO. Señor Conde, mi mujer y yo éramos los guardianes de la honra de mi señor, achacoso y anciano: muerta mi Andrea, y yo en una cárcel...

CONDE. Déjate de suposiciones, que, para mí, son bien excusadas: média en esto una gran señora, y es obligacion mia, como caballero, defender su decoro. A otra cosa.

MATEO. Pues á otra cosa. Los alguaciles estarán ya léjos de aquí, y no nos verán si salimos de encierro: quereis que salgamos?

CONDE. Por dónde hemos de salir?

MATEO. Por la puerta.

CONDE. De qué modo?

MATEO. Abriéndola.

CONDE. Abriéndola... con qué?

MATEO. Con su llave: con ésta. (*Saca una con guardas en ambos extremos.*)

CONDE. ¡Esa? Y esa llave, ¿abre las dos puertas?

MATEO. Con estas guardas de este extremo abre la puerta de la entrada á la habitacion; con estotra la puerta de calle.

CONDE. Cómo has adquirido tú esa llave, Mateo?

MATEO. Sabeis que salí de Madrid con Gabriel; de aquí á Valencia no le perdí ni un instante de vista; pero en Valencia se me escapó, teniéndome que abandonar su maleta: en ella iban ropas y unos papeles, y en un jubon suyo encontré esta llave.

CONDE. Trae pues, trae: salgamos. (*Váse con la llave.*)

MATEO. (*Siguiéndole.*) Con esa llave he venido yo aquí, figurándome que cuando Gabriel se habia quedado con ella, y su novia vivia tambien aquí, á este nido habia de venir á parar. (*Vuelve al proscenio.*)

ESCENA XVII.

MATEO.

Se marchó, dejándome con la palabra en la boca. No, pues yo no me retiro hasta que vea si doy

con algo que fortifique ó destruya mis fundadas sospechas. Pero ¿cómo ha de haber cosa que las destruya? Este romance, copia fiel del rasgado, lo encontré con otros versos en la maleta de Gabriel: Gabriel debe de haberlo escrito; él debe ser el galan encubierto de mi ama. El romance que me entregó mi difunta, era de otra letra, es verdad; pero Gabriel sabe hacer dos formas de letra: con la una escribiria á mi ama, con la otra se habrá copiado. De las dos, todavía no conozco de cierto ninguna; pero Paula tendrá cartas de él aquí: registremos. (*Abre el cajon de la mesa.*) Dibujos... Más dibujos... Planas de Jusepa... Nada... Ahí dentro tal vez... (*Váse por la derecha.*)

ESCENA XVIII.

GABRIEL, *saliendo por el armario.*

Aquí no está el Conde! ¿Qué habia de estar! En todo me engañaba la pérfida. Mejor hubiera sido esperarle en su misma casa, y matarle allí. Salgo de un encierro; me dice mi padre que Paula me vende; quiero hablar al Conde; Santoyo me deja en la librería de su amo; se abre la puerta del secreto; y aparece allí Paula! Traidora! Y ¡áun queria persuadirme de su inocencia! Santoyo la libró de mis iras; que si no se la lleva pronto á la calle...

ESCENA XIX.

MATEO, *con un farol y una carta.*—GABRIEL.

GABRIEL. Un hombre! No es él!
MATEO. El es!
GABRIEL. A qué habeis venido á esta casa, Mateo?
MATEO. A buscar un papel y al que lo haya escrito. El papel es este: el que lo ha escrito, quién es?
GABRIEL. Soy yo: es una carta mia, dirigida á Paula.
MATEO. Mirad bien si os equivocais.
GABRIEL. Es mi letra y mi firma.

MATEO. Y aquellos papeles que llevábais en la maleta, ¿son de vuestra mano tambien?

GABRIEL. Todos estan escritos por mí.

MATEO. Reparad que esa declaracion puede comprometeros.

GABRIEL. Esa declaracion la he dado al Conde de Olivares, y sin embargo he sido puesto en libertad.

MATEO. Ved que hay allí unos versos con el nombre de cierta dama...

GABRIEL. (*Aparte.*) Leonor Mendoza. Vergüenza da... Pero yo no falto á mi palabra, aunque la haya dado á un rival infame.

MATEO. ¡Callais? Aquello era mucho para un hombre de vuestra especie: no pueden ser vuestras aquellas coplas.

GABRIEL. He dicho que es mio, canalla.

MATEO. Hijo de mala madre! no lo repetirás. (*Desenvaina.*)

GABRIEL. La vida te costará ese horrible insulto, vil asesino. (*Desenvaina.*)

MATEO. Asesino pudiera ser, y te permito sacar la espada: valgo mas que tú. (*Lidian, y es herido Gabriel.*)

GABRIEL. Santo Dios! Ah Conde! Ah Paula! (*Cae.*)

ESCENA XX.

EL ALCALDE. EL ESCRIBANO. ALGUACILES.—*Dichos.*

ALCALDE. Qué es esto?

ESCRIB. Un herido!

GABRIEL. Socorredme. Llevadme de aquí.

ALCALDE. Es Gabriel!

MATEO. Es Gabriel Jimenez, herido por Alonso Mateo, ballestero del Rey.

GABRIEL. Ha sido un error... un error á que yo he dado lugar.

MATEO. Yo no necesito que se me disculpe. Se me mandó acompañar á ese hombre, y se me autorizó para matarle si trataba de huir. Huyó en Valencia, le hallé en Madrid; y en Madrid... ya veis... le estorbo la fuga.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de una rica tienda de sedas y lienzos, en la Calle Mayor, esquina á la callejuela de San Ginés, ahora calle de Coloreros. Gran puerta en el fondo, con dos grandes ventanas inmediatas á ella, por donde se ven los portales de enfrente y la calle de Boteros, hoy de Felipe III. Una puerta á la izquierda abre comunicacion con el resto del cuarto; otra á la derecha da á la callejuela. Mostrador, asientos: una imágen de Santa Inés, titular de la tienda, sobre la puerta del fondo.

ESCENA PRIMERA.

UN CIEGO, UN ROSARIERO, UN ALOJERO, UNA FRUTERA, *y gentes de todas clases ván y vienen por la Calle Mayor*; INÉS, DOÑA GUIOMAR *y* PETRONILA *en la tienda*; *despues*, LA MARQUESA, *dos* DUEÑAS *y un* ESCUDERO.

CIEGO. Papeles nuevos! noticias y oraciones!
ROSAR. El camandulero de Sevilla! Camándulas!
ALOJER. Obleas y aloja! Bizcochos de soplillo!
CIEGO. Evangelios y coplas! La prematica nueva!
ALOJER. Soplillos y suplicaciones! Barquillos y aloja!
FRUTER. Peras de Agosto! Melocotones de Aragon! (*Sale la Marquesa con dos Dueñas y un Escudero.*)
MARQ. Dios os guarde, Inés. Doña Guiomar, Petronila, muy buenas tardes.
INÉS. Señora Marquesa, venga vueseñoría en muy buena hora.

GUIOM. Beso las manos á vueseñoría.
PETRON. Beso á su señoría la mano, señora Marquesa.
MARQ. Perdonad si os he hecho esperar mucho, mis buenas amigas.
GUIOM. Acabamos de llegar, señora Marquesa.
MARQ. No he querido traer el coche, y ¡en qué me he visto para cruzar las calles!—Hay un gentío!...
INÉS. Como es hoy domingo, y la tarde algo fresca, todo Madrid sale á paseo á esta calle Mayor.
CIEGO. Nuevo decreto de S. M. mandando que á los Ministros y demas personas que sirvieren oficios graves, se les haga inventario de sus haciendas, para que se sepa con qué caudal entraron en sus plazas.
PETRON. Con esa medida, no hubiera juntado tanto dinero don Rodrigo, el que degollaron.
MARQ. Pasma el ver que muchos principian á desempeñar ciertos cargos, hechos unos Adanes...
ALOJERO. Obleas y barquillos! soplillos y suplicaciones!
ROSAR. El camandulero! camándulas!
MARQ. Y esos perdidos, á los pocos años rebientan de...
FRUTERA. Gordos y ricos, melocotones de Aragon!
MARQ. Con que vamos á darnos cuenta recíproca de nuestras diligencias. (*Las Dueñas y el Escudero se retiran.*)
CIEGO. Soneto á una doncella que deja el siglo, soneto famoso del señor Conde de Villamediana.
MARQ. Calla! ¿Si será...
INÉS. Ciego! Aquí! A la tienda de santa Inés.
ROSAR. Por ahí, buen hombre.
CIEGO. (*Pasando de la calle á la tienda.*) Soneto del señor Conde de Villamediana. Quién pide otro? Soneto grande: catorce versos de marca imperial.
INÉS. A quién es el soneto, hermano?
CIEGO. Aunque no lo dice, se sabe que se ha escrito para la Francesilla. Es gran cosa! Un maravedí vale: tasa del Consejo.
PETRON. Tomad un cuarto.
CIEGO. Viva muchos años, hermana. Con Dios. (*Váse.*)
PETRON. Háganos la merced de leerlo, señora Marquesa, porque yo... una triste alquiladora de coches...
INÉS. Yo soy mercadera, y tampoco sé leer más que

las marcas de los paquetes: en sabiendo cobrar...

GUIOM. A mí me está enseñando ahora mi hijo, y cada dia me da palmetas. Pero yo no he de quedarme sin aprender, porque no le está bien á la mujer de un letrado no conocer las letras.

MARQ. Dice pues el soneto: «A una niña hermosa que deja el siglo»...

ESCENA II.

EL CONDE.—LA MARQUESA. INÉS. GUIOMAR. PETRONILA. *Gente en la calle.*

CONDE. Bésoos los piés, señoras.

MARQ. Oh señor Conde!

CONDE. Señora Marquesa de Toral! Señoras mias!

INÉS. El señor Conde adelanta hoy un poco su visita á mi tienda.

CONDE. Por anticiparme la satisfaccion que aquí me aguardaba.

MARQ. Leednos vuestro soneto á Paula: acabamos de comprársele á un ciego.

CONDE. Es un pensamiento comun: como la persona á quien se dirige.

INÉS. No, la hermosura de vuestra Francelisa no es nada comun.

MARQ. La tijera del Conde es la de las Parcas: á nadie perdona.

GUIOM. Con que... dice el soneto...

CONDE. Dice así: (*Lee.*)

Tú, que el dulce vivir de alegres años
vas á trocar en reclusion penosa,
y el blando peto y falda vagarosa
en cilicio cruel y rudos paños;

Tú, que, viendo del mundo los engaños,
te recoges al puerto presurosa,
cual nave que entre noche tenebrosa
teme del mar los encubiertos daños;

Canta la dicha que en su seno encierra
la que amante de Dios, de Dios amada,
su fe le rinde con ferviente anhelo;

Que si el piloto, divisando tierra,
mueve la voz, de júbilo embargada,
¿qué hará viajera que descubre el cielo?

MARQ. Bonito soneto, señor Conde!

PETRON. Precioso!

MARQ. Si compusiérais siempre cosas así!..

GUIOM. Pero un soneto del señor Conde á la Francesilla debia ser más tierno.

PETRON. Más amoroso.

CONDE. Por qué?

INÉS. Válgame Dios! Por qué será?

PETRON. Por qué estamos reunidas aquí nosotras?

GUIOM. ¿No es para proporcionar á esa chica un dote, con que se éntre en los Angeles?

MARQ. Y hace un mes no tenia vocacion de monja.

INÉS. Ni ahora se le nota mucha; pero tiene pundonor y delicadeza...

MARQ. Á la covachuela no podia volver.

PETRON. Sus humos no son para sujetarse á servir.

MARQ. Gabriel (gracias que vive) no trata de casarse con ella: no le quedaba más arbitrio decente que meterse monja. Nosotras éramos parroquianas suyas, la estimábamos, le teníamos lástima; fuimos á verla á casa del Alcalde Garnica... allí nos juró por Dios y santa María que era inocente...

CONDE. Y juró la verdad.

MARQ. Desgraciada verdad! Nadie le ha dado crédito, ni áun el mismo Gabriel.

INÉS. Ella y el señor Conde ¿qué han de decir? Otra cosa no les estaría bien.

MARQ. Ello es que al cabo de llorar muchísimo y de una infinidad de protestas, hubo de rendirse á nuestras exhortaciones, consintió en recogerse, y nosotras nos obligamos á facilitarle los medios.

CONDE. Así una opinion general errónea obliga á esa jóven, estimulada por su pundonor, á tomar un estado que le repugna. Yo repito aquí lo que declaré con juramento en la informacion sobre la herida causada á Gabriel. Nada he tenido que ver con la Francesilla.

GUIOM. Si os encontraron una noche en su casa.

INÉS. Y á ella en la vuestra.

PETRON. Y se ha descubierto que entre las dos casas hay un pasadizo por debajo de tierra.

MARQ. Decid cuanto querais en favor de Paulita; con ese pasadizo, no pasa.

INÉS. Van acercándose los caballeros que á estas horas concurren diariamente aquí para conversar: vámonos adentro nosotras.

MARQ. Yo he reunido más de cuatrocientos ducados entre mis conocidos; ¿cuánto ha recaudado mi amiga Inés?

INÉS. Trescientos cincuenta.

PETRON. Yo más de trescientos.

GUIOM. No he juntado yo tanto; pero pasa de cien ducados lo que traigo conmigo.

INÉS. Ha de haber más que se necesitaba. Sírvase vueseñoría pasar.

MARQ. A más ver, señor Conde. (*Vánse las cuatro.*)

ESCENA III.

SANTOYO.—EL CONDE.

SANTOYO. Señor amo...

CONDE. Qué ocurre, Santoyo?

SANTOYO. Que ha ido á visitaros Gabriel.

CONDE. Qué tal se halla ya?

SANTOYO. Bastante endeble; hoy es el primer dia que sale. Fué la herida terrible.

CONDE. Y ha librado bien el maldito del ballestero. Qué queria Gabriel?

SANTOYO. No me lo declaró; mas yo conocí que no os busca de paz. Le dije que vendríais, como soleis, á esta tienda...

CONDE. Bien. Si me quiere algo, que me busque. Yo no estoy ya mal con él. Si Paula no es mia, no es suya tampoco: hay para consolarse. Me despreció esa simple, le compuse una seguidilla: se enclaustra, le dedico un soneto: la indemnizacion pasa de equitativa, raya en generosa.

SANTOYO. Quisiera advertiros, cuando me dejeis hablar, como en efecto no soleis...

CONDE. Me han dicho que el soneto á Paula debería ser más enamorado: yo no quiero ya tal mujer. En-

caprichada por su Gabriel, ó por su convento, no merece que Villamediana piense más en ella: húndase para mí en el olvido: revuelva contra todos mi furia satírica, principiando por ese Rey, que no sabe más que hacer coplas y malas; pasando á la Reina, francesilla pusilánime, que ni áun tiene el espíritu de la Francesilla vulgar...—Gasto un mes en escribirle á S. M. femenil una comedia de tramoyon, hirviendo en lisonjas, que el discurrirlas me dió calentura... (yo lisonjero!); le hago ver que prestándome su favor, podríamos echar á puntapiés á ese Conde, que áun á ella la humilla; la cojo en brazos en un incendio, y me dice con su lengüecilla gabacha: «Sólo el Rey toca á mí: decatmi; no custo de isto.»—Tampoco gusta el Conde de quien desconoce su puesto.

SANTOYO. Parece que en las Gradas de San Felipe han leido un papel...

CONDE. Paula Reina... Mejor llevaría la corona esa testaruda... esa villana indómita...—Hombre, no me mientes á Paula nunca.

SANTOYO. Si sois vos quien me la nombrais.

CONDE. No quiero acordarme de ella, no quiero nada que me la recuerde.

SANTOYO. El año de 1618 os desterró el difunto Rey por...

CONDE. Oyes, estantigua?

SANTOYO. Os oigo, á ver si me escuchais luégo á mí.

CONDE. Ofrece á las religiosas de los Angeles una lámpara de plata de tres arrobas, por la trenza de Paula.

SANTOYO. Ya veo que no quereis nada que os la recuerde.

CONDE. Tú te figuras que, por la Francesilla, seré yo capaz de cualquier disparate.

SANTOYO. No, señor; de casaros con ella no os creo capaz.

CONDE. Tendría que pedir vénia al Rey; se mofaria de mí la Reina; Quevedo el patojo me traería entre consonantes, y Lopillo, y el frailuco de la Merced... Y Rojas se haria rajas de gusto, y á Juanete Alarcon no le cabría en la corcova la risa, y eso que cabe allí el arca de Noé.

SANTOYO. Señor Conde, cuando os desterraron cuatro años há...

CONDE. Cuando me desterraron la segunda vez, bramaba de ira, y no tenia tan mal humor como tengo ahora. No digas á nadie el por qué.

SANTOYO. Digo yo de vos nada? Miéntras yo viva, seguros están los secretos que me habeis confiado.

CONDE. Miéntras tú vivas... ¿Quién morirá primero!

SANTOYO. Señor Conde, paso de los sesenta.

CONDE. Una estocada se administra en Madrid con tan poco reparo... dígalo Gabriel. Si muero ántes que tú, quedas facultado para declarar de mí cuanto sepas. Aborrezco la hipocresía: la seguidilla contra Paula se me pone en los labios á cada momento.

SANTOYO. Por murmurar, hasta de vos murmuraríais.

CONDE. Cuando te hallas muy triste, qué sueles hacer?

SANTOYO. Hago bien al prójimo: suelo dar una limosna crecida.

CONDE. Te entristeces muy á menudo?

SANTOYO. Una vez al año... cuando es bisiesto.

CONDE. No te empobrecerá la melancolía. Me conviene hacer hoy una buena obra: Paula no me ha consentido que la dote...

SANTOYO. Dadme vuestras órdenes y correré yo con el donativo: si lo haceis vos, lo echaréis á perder con alguna aprension.

ESCENA IV.

UN SANTERO, *con un cuadro de demanda.—Dichos.*

SANTER. Caballeros, esta bendita imágen tiene concedida indulgencia plenaria: sacad una alma del purgatorio.

CONDE. Cien ducados hay ese en bolsillo.

SANTER. Cien almas habeis enviado al cielo.

CONDE. Teneis certeza de que ya están allá?

SANTER. Tengo fe segurísima.

CONDE. Al que entra en la gloria, no le despiden: recojo el dinero para otra obra de caridad. (*Coge la bolsa y váse.*)

SANTER. Mal hace en burlarse de los difuntos ese caballero: á todos nos ha de llegar nuestra hora.

ESCENA V.

JUSEPA.—SANTOYO. EL SANTERO.

JUSEPA. Buenas tardes, señor Santoyo.

SANTOYO. (*Aparte.* Por no encontrarse con la chiquilla, se va mi amo.)—Buenas tardes, mudita. (*Al Santero.*) Yo os entregaré los cien ducados: venid conmigo. (*Aparte.*) Al fin se me escapó, sin que le instruyera de lo que se susurra: volveré luégo aquí. (*Vánse Santoyo y el Santero.*)

JUSEPA. Dónde se han detenido? Ah! ya llegan.

ESCENA VI.

EL ALCALDE. PAULA.—JUSEPA. *Despues*, LA MARQUESA. INÉS. DOÑA GUIOMAR. PETRONILA.

PAULA. No me abandoneis, Sr. D. Diego: ya que me habeis dispensado la honra de traerme aquí, ayudadme á persuadir á mis protectoras. (*Salen la Marquesa, Inés, Doña Guiomar y Petronila.*)

MARQ. Bueno, bueno: estamos conformes.—Ay! que tenemos aquí á Paulita!

INÉS. Nuestra santa!

GUIOM. Nuestra penitente!

PETRON. Nuestra convertida!

JUSEPA. (*Aparte.*) Convertida la llaman, y el señor Alcalde no vuelve por ella! No lo puedo sufrir. (*Váse á la puerta del fondo.*)

MARQ. Hija mia, ya no teneis que desvelaros por vuestra suerte: mil y doscientos ducados de dote os hemos reunido.

JUSEPA. (*Aparte.*) Me escapo á las Gradas de San Felipe. (*Váse.*)

INÉS. Mañana principiaremos las diligencias para que os dén el hábito.

PAULA. Vivais largos y felices años, señoras: hay que devolver ese dinero á mis bienhechores: no lo necesito ya.

PETRON. ¿Cómo es eso, niña!
GUIOM. Renunciais á vuestro buen propósito?
MARQ. Eso sería...
PAULA. No, señoras, no: demasiado sé que mi reputacion exige ese sacrificio de mí.
ALCALDE. Paula está ya admitida en el monasterio de Santa Clara de Valladolid.
PAULA. Allí es religiosa una madre, que en recompensa de los beneficios que ha prestado al convento, tiene derecho á un hábito para huérfana pobre. Con tal proporcion, debe esa cantidad reservarse para otra más necesitada que yo.
MARQ. El desembolso ya está hecho, y el uso no podia ser mejor: ese dinero no debe tornar á los que le han dado.
ALCALDE. Pudiera servir para dote de Jusepita.
PETRON. Mucho!
MARQ. Sí por cierto!
GUIOM. Muy buena idea!
INÉS. Para dote de la niña será en cualquier estado que elija.
PAULA. Oh señoras mias! Eso sí que os lo agradezco con el alma y el corazon. Gracias por ella, gracias por mí, que ya quedo sin cuidado en el mundo. Pero por aquello que más ameis; por Dios, á quien debemos amar sobre todo; por Dios nuestro Señor, que si en el dia de mañana consultais la voluntad de esa niña, no se la contrarieis como la suerte se complace en contrariársela á su infeliz hermana.
MARQ. Vamos, Paula, es menester olvidar esos devanéos, afirmar los piés en el buen camino, y no volver los ojos atras.

ESCENA VII.

GABRIEL.—PAULA. LA MARQUESA. INÉS. DOÑA GUIOMAR. PETRONILA. EL ALCALDE.

GABRIEL. Señoras... el señor Conde de Villamediana ¿ha venido?...
PAULA. Gabriel!

GABRIEL. Paula!

INÉS. El señor Conde se ha retirado de aquí; pero entiendo que volverá.

GABRIEL. Señor Don Diego, sabeis que durante mi curacion yo no he visto á Paula: hallándola aquí, ¿me permitiréis vos y estas damas una corta entrevista?

ALCALDE. Por qué no?

MARQ. Si Paula quiere...

PAULA. Yo... necesito querer.

MARQ. Nos retiramos á la puerta, para concederos más libertad. (*Apártanse las cuatro señoras y el Alcalde.*)

PAULA. Gabriel, desde casa del señor Alcalde Garnica te dirigí tres cartas: no sé si te las habrán entregado.

GABRIEL. Sí; me las dieron juntas, cuando el estado de mi herida lo permitió. No podia escribirte, dije que te vería... y al fin nos vemos. Quise ver ántes á tu galan; pero te hubiera visto despues.

PAULA. ¡Tú tambien? ¿tú piensas de mí como todos! Las declaraciones del Conde, ¿no me justifican completamente, siquiera contigo?

GABRIEL. Para el vulgo, te justifican poco; para mí, se te ha querido justificar demasiado: uno y otro te pierde.

PAULA. Tú deliras, Gabriel.

GABRIEL. Paula, ¿no jura el Conde que ni te hablaba ni te escribia? Pues sí que te ha escrito: me lo declaraste al partir desterrado. Y no me negarás que te habló: cuando te encontré en su aposento, me lo dijiste. El Conde ha mentido, el Conde se ha hecho reo de perjurio por salvar tu fama: perjurio inútil! Madrid no le cree por lo que sospecha, y yo por lo que sé.

PAULA. En casa del Conde me hallaste fugitiva de él, y habiéndole encerrado en la habitacion que fué tuya. Despavorida, tropezando á cada momento en mi precipitacion honrada, oscilando la luz en mi mano trémula, crucé el angosto subterráneo de una casa á otra, pidiendo al cielo un defensor de mi inocencia bajo el techo del Conde. Abro con angustia una puerta; veo al hombre que

amaba, me arrojo á sus brazos... ¡Cómo me recibiste! Me rechazaste con oprobio, Gabriel!

GABRIEL. El desventurado Gabriel Tovar es hijo de madre que no fué esposa; la primera vez que me dijeron el nombre de mi padre, le oí denostado y escarnecido. Yo nací con amor á la honra; yo no podia quitarme los padres que me habia dado quien todo lo ordena; pero podia y queria emplear mi amor en una mujer que trajese á mi casa cariño para mi cariño, buen nombre para mi buen comportamiento con ella. Cariño me tenias, de buen nombre gozabas: ¿dónde se fueron?

PAULA. De mi nombre, pídele cuenta al que me le roba; yo no mando á la suerte: mando en mi pecho, y mi amor es el mismo que siempre fué. Haber ocupado la morada en que tú viviste, ocuparla por eso ¿ha de contárseme por agravio á tu amor?

GABRIEL. Cierto. Nada más inocente que pasarte á mi cuarto; yo no te habia dicho que tenia comunicacion con la casa del Conde.—Te solicitaba un poderoso, le tenias miedo, me necesitabas para tu defensa, no estaba yo aquí... yo he tenido la culpa, no me debo quejar.

PAULA. Basta, Gabriel. Víctima de un descrédito inmerecido, me daba horror pensar que me echaban á empellones del mundo, quedando en él álguien que llorase acaso perderme. Te unes á mis detractores, nadie piensa bien de mí, nadie me cree sino tu madre: ¿qué he de hacer sino reunirme con ella? Sola, abandonada, sin defensor entre los hombres, ¡ampáreme la providencia de Dios! (*Váse por la derecha.*)

MARQ. Sigámosla. (*Entranse tras Paula las cuatro.*)

ESCENA VIII.

MATEO.—GABRIEL. EL ALCALDE.

MATEO. Señor Alcalde, el señor Conde de Olivares necesita veros al punto.

ALCALDE. Dónde?
MATEO. En Palacio.
ALCALDE. Voy á servir al señor Ministro. (*Váse.*)

ESCENA IX.

GABRIEL. MATEO.

MATEO. Señor Don Gabriel, yo os heri malamente, y la Justicia me dió por libre.
GABRIEL. Combatimos de igual á igual, y tú con excusa bastante: por eso ni mi padre ni yo hemos pedido nada contra tí.
MATEO. La culpa fué vuestra: os hice una pregunta, y no me respondísteis verdad.
GABRIEL. Mateo, nada tenemos que hablar los dos.
MATEO. Dijísteis que era vuestro el romance á la Duquesa Margarita, encontrado por mí en vuestra maleta; y eso no me lo debísteis decir.
GABRIEL. Te dije, ó te quise dar á entender por lo ménos, que eran mios los versos contra doña Leonor Mendoza.
MATEO. Ya: ved ahí el error.
GABRIEL. Además, de todo papel escrito de mi mano, respondo yo.
MATEO. No debeis responder de lo que no habeis podido hacer. Habrá un año que estais aquí, y el romance á la Duquesa Margarita se hallaba en mi poder hace cuatro años cumplidos: cuando el autor de ese romance lo ponia en Madrid en manos de mi difunta Andrea, estábais vos en Valladolid. Al autor de esos versos buscaba yo, y sigo buscándole.
GABRIEL. Por qué?
MATEO. Porque, por él, tuvo el Rey que perdonarme... lo que no puedo perdonarme yo. En vuestra maleta encontré ad